

Comentario

En el marco de la IV Jornada de Medicina Narrativa “Las voces de la Salud”, realizada en el Hospital Italiano en septiembre de 2016, tuve a mi cargo la coordinación del panel Médicos Escritores. Caminos entre la escritura y la práctica.

Escritura y práctica, a veces, configuran mundos estancos: en casa soy escritor, poeta, artista; en el consultorio soy profesional. Quisimos entonces activar la exploración de un camino de convergencia y pensamos que sería interesante escuchar a aquellos que ya nos habían mostrado sus inclinaciones en este sentido.

Casi como el efecto del mono ciento uno, luego de varios años de escuchar historias, la masa crítica de la escucha, junto a muchos otros saberes, convergieron ayudándome a compartir con los invitados la idea de que ejercer la profesión bajo la metáfora del escritor-lector puede ser beneficioso tanto para mí como para los pacientes y para el grupo social al que pertenecemos. Esta metáfora es simple y potente; ¿qué pasaría, entonces, si recibiéramos las historias de los pacientes de la misma forma en que lo hace un lector? ¿y si respondiésemos como un escritor?, ¿y si la metáfora se hiciera carne y yo no tuviera que imaginar ser un escritor porque ya lo soy? En esta circunstancia, ¿qué surgiría compartir, decir, hacer público?

Compartimos aquí dos de las ponencias de ese día. Sabemos que la manera natural de organizar nuestra cotidiana experiencia del vivir es a través de historias; somos expertos innatos en hacerlas, a veces las decimos, a veces las escribimos. Por esto es que la metáfora narrativa resulta potente y el universo de lectores-escritores potenciales es enorme: somos todos.

Dr. Jorge Janson

Servicio de Clínica Médica
Hospital Italiano de Buenos Aires

Jornada de Medicina Narrativa

Mesa redonda: Médicos escritores. Caminos entre la escritura y la práctica

Presentación del Dr. Alfredo J. Job

Psiquiatra, Jefe del Servicio de Psiquiatría, Hospital Italiano de Buenos Aires.

La palabra tiene función expresiva y es usada como medio comunicacional. A través de ella se pretende transmitir lo percibido de un objeto o fenómeno mediante su descripción, o bien expresar un sentimiento, o un pensamiento (idea o recuerdo).

En la descripción del mundo sensible siempre se buscó aprehender el objeto de forma fidedigna. Pero tal aspiración pronto demostró ser vana, dado que no existe una descripción que abarque al objeto en su totalidad, pues este presenta varios planos simultáneos de lectura (un objeto puede ser abordado y descrito por su forma, tamaño, posición, peso, color, actitud, estado, funcionalidad, estética, etc.). Aun si nos referimos a una cualidad específica de un objeto sensible, por ejemplo su color, al mencionar “amarillo” ¿a qué tono de amarillo nos referimos? ¿Es igual el amarillo de Rembrandt que el de Van Gogh?

Del mismo modo sucede cuando se trata de describir conceptos abstractos, aun siendo construcciones convencionales; en este caso, por ejemplo, si tratamos de definir triángulo, aunque demos su tipo clasificatorio ¿podemos transmitir a través del habla todas las cualidades adicionales que imaginamos de él?

Además, la palabra alude de forma parcial, es decir que, en la búsqueda de univocidad y correspondencia, establece un recorte artificioso de la realidad. Esta característica tiene su razón de ser debido a la necesaria interconexión de los objetos y fenómenos con lo circundante, lo cual como dijimos, difumina aún más su pretendida descripción de individualidad aislada. Aislamiento que ya en la interacción campo-partícula en el mundo de la microfísica se demostró utópico. Del mismo modo sucede en las ya demostradas interacciones materia-espacio-tiempo. Es decir que lo real es en sí mismo interdependiente.

Pierre Auguste Renoir lo captó al expresar el contagio cromático en sus telas.

Superado este ideal de isomorfismo del lenguaje (palabra-objeto), debido a la pluralidad de sentidos que potencialmente posee el objeto y sus influencias contextuales, nos encontramos además con que el lenguaje en sí mismo posee también —en su despliegue— pluralidad de sentidos, debido a sus características de vaguedad y ambigüedad constitutiva. Si consideramos la vaguedad, analicemos por ejemplo la palabra “interpretación”: ¿a qué se refiere? ¿A una interpretación musical, teatral, de un texto, de una situación? Es decir necesito el despliegue de la frase para acercarme a aquello que pretendo transmitir. Pero además, en el despliegue de la frase, las palabras que uso para precisar tienen a su vez su propia e intrínseca vaguedad.

Si consideramos la ambigüedad del lenguaje, debemos referirnos a aquellas situaciones en las que el contexto situacional, gestual o del tono en que algo se dice, marca el vector de sentido aun más allá del contenido textual de lo expresado.

Con lo expuesto hasta aquí, descubrimos que no solo no podemos abarcar con exactitud el mundo de los objetos a través de la palabra, sino que el lenguaje mismo presenta diversidad de sentidos, por lo tanto queda lejana la posibilidad de certeza.

Pero es esta condición elusiva del lenguaje la que precisamente lo dota de su capacidad creativa. La palabra es polisémica, por lo cual además de estar sujeta a la sinonimia, aparece en ella como destello creativo e iluminador la metáfora. Acción que se multiplica en el deslizamiento metonímico, hacia la apertura y creatividad.

Tomemos como ejemplo una frase de la canción “Río de los pájaros” del cantor y compositor uruguayo Aníbal Sampayo cuando dice: “que llora sangre el ceibal”. Señala el significado de llanto por la correspondencia de la forma entre las lágrimas y las flores del ceibal, y su constitución de sangre aprovechando el color rojo compartido por ambas (sangre-flores) para permitir el deslizamiento de sentido. Pero existen aquí otras implicaciones, por solo tomar una de las palabras: la sangre puede aludir a vida, a pertenencia o abolengo, a sacrificio y sufrimiento, etc. Todas estas implicaciones están latentes en el desarrollo de tan corta frase.

Es decir, el lenguaje puede generar nuevos mundos a través de la metamorfosis interpretativa. Y dado que para el sujeto, la realidad es su interpretación posible de sus hechos y circunstancias, resulta determinante la movilidad asociativa y de sentidos que se pueda desplegar, para no quedar sujeto a la cristalización empobrecedora.

Ahora bien, el acceso a esa movilidad se da en los espacios de apertura, es decir, donde el sujeto pueda entrever las metáforas y sus posibles resonancias, hasta donde la palabra se pierde en lo innominado, en el abismo del todo, del mismo

modo que en la oscuridad de la tierra las plantas beben en silencio el color de sus pétalos.

Ex profeso he utilizado esta comparación para sumirnos en el habitar poético, pero para poder acceder a estos espacios interiores, las personas necesitan no solo que se muestre su existencia a través de la poesía, el arte o la música, sino que sean acompañadas en la vivencia, como cuando en nuestra niñez un familiar o un maestro entusiasta nos tutelaban en nuestros estudios permitiéndonos adivinar universos mágicos. Esta disposición interior solo se logra a través de la confianza. Confianza que es, en última instancia, depositar el afecto en el otro. Existen muchas formas de depositar el afecto. Por ejemplo, una de ellas es la idealización, pero la idealización implica exigencia, que nuestro interlocutor sea mimético con nuestro ideal, camino frágil y difícil de sustentar salvo en su cristalización, y dicha cristalización, como sabemos, solo se da en la distancia, no en la interacción.

Aquí me refiero a depositar el afecto en quien lo comparte de manera compasiva. Para ser depositario del afecto con posibilidad de crecimiento se requiere: acompañamiento, participación, compromiso, cuidado, empatía y honestidad. Solo a través de este sustento, la persona puede recorrer y habitar los espacios poéticamente.

Debe quedar en claro que son espacios de vivencia donde predomina el sentimiento sobre la intelectualización; esta última es solo una construcción posterior que sigue los dictados del sentir.

Desde quien da y sostiene, dichos espacios poéticos compartidos son, en su ida y vuelta, la apertura a lo distinto, el ingreso de lo novedoso, al asombro, a lo transformador. Aflora la riqueza del dolor compartido empáticamente desde una comunión compasiva (recordemos que el abordaje del dolor desde una actitud egoísta daña).

Estamos hablando, en última instancia, del campo del crecimiento personal, de la capacidad de entrega y de transformación que implique mejorar la calidad de vida propia y del entorno. Y en ello ocupan un lugar destacado la lectura y la escritura, como medio de conocer y conocerme a través del lenguaje, explorando mundos y sentidos inéditos y avizorando vislumbres de profundidades insondables que permiten intuir el misterio. Si tenemos la dicha de venerar estos espacios, podemos hacer nuestras las palabras de Martin Heidegger: “la creatividad se muestra a los que saben venerar”. Recordemos que la veneración de lo aprendido y vivido despierta la inspiración; no es casual que Mnemosine, la memoria, era para los griegos la madre de las Musas. Finalmente puedo confiar al lector atento porque creo escribir: para deleitarme con la musicalidad de las palabras, para conocerme, para compartir, para crecer en un ir y venir de la vida a la letra y viceversa, para crear mundos de sentido, para extasiarme ante el abismo insondable al que nos asoma la palabra, entreviendo lo inefable y al venerar ese misterio, custodiar lo que me convoca.